

Rocío Blisswealth



# El juego

..... MARION

endira

**¡Gracias por empezar a leer las  
primeras páginas de este título!  
Te doy un trato preferente porque lo  
mereces, disfruta de esta lectura y no  
te pierdas la oportunidad de tener este  
gran libro en tus manos.**

**Saludos,  
Editorial Endira**

# Índice

Capítulo I	
Lo confieso, tal vez fueron seis segundos... o nueve .....	19
Capítulo II	
Si tu pudieras ver lo que yo siento.....	43
Capítulo III	
¿Ángel?... ¿qué es lo que está pasando? .....	64
Capítulo IV	
Totalmente, ninguna... Parcialmente, es posible.....	73
Capítulo V	
Temo que mi cobardía... te ponga en peligro... .....	92
Capítulo VI	
Son obra de tu imaginación.....	107
Capítulo VII	
Fernando, ya lo sé... Fernando Montalvo.....	113
Capítulo VIII	
... ya sabes, veinticuatro horas, siete días de la semana... .....	130
Capítulo IX	
Sal de ahí inmediatamente .....	148
Capítulo X	
Ángel... si vienes a impedir que vaya... .....	161

Capítulo XI	
No, olemos a... demonio .....	178
Capítulo XII	
Señor de los milagros .....	192
Capítulo XIII	
...Ira... coraje... rabia... .....	199
Capítulo XIV	
¿Pensaste que veníamos	
a desayunar? .....	210
Capítulo XV	
“Mis heridas y las tuyas” .....	224
Capítulo XVI	
“Los ángeles... ¿no	
envejecen?” .....	247
Capítulo XVII	
“Feliz cumpleaños... querida	
Marion”... .....	268
Capítulo XVIII	
Invítame... viejo imbécil.....	290
Capítulo XIX	
¿Aunque sea una locura? .....	313
Capítulo XX	
El Festival de las Esculturas	
de Arena .....	328
Capítulo XXI	
Lo sé... la energía de Jade	
Arias... .....	353
Capítulo XXII	
Si él detecta el olor de	
Jade junto a Marion,	
estamos perdidos... todos .....	374
Capítulo XXIII	
Sorpresas van... sorpresas	
vienen .....	391

Capítulo XXIV	
Liberada... ..	411
Capítulo XXV	
Mis indispensables... ..	432
Capítulo XXVI	
¿Se los dices tú... o se los digo yo?.....	452
Capítulo XXVII	
Duele... ..	469
Capítulo XXVIII	
Si estuviera en tus manos darles algo... ¿qué sería...? .....	486

# Capítulo I

## “Lo confieso, tal vez fueron seis segundos... o nueve”

Abro los ojos para encontrarme con Daniel que me observa fijamente, sus ojos acaparan casi la totalidad de mi campo visual. No debería ser así, sin embargo, creo que mis pupilas no están dispuestas a abrirse completamente, ya que, si lo hicieran, la luz haría que despertara por completo y simplemente no quiero hacerlo. Empieza a sonreír; no estoy segura, pero creo que espera que le diga algo... o que haga algo. Es decir; espera alguna señal de actividad cerebral por mi parte... ¡Vaya! ¿Cómo funciona? No recuerdo dónde se enciende. Sus ojos siguen fijos en los míos y su sonrisa se hace cada vez más amplia.

Levanta la mano y acaricia mi mejilla, sus dedos están fríos, de acuerdo, mi campo visual debe haberse extendido en algún momento porque puedo ver como su pecho se agita con la risa que le causo, levanta la otra mano y la coloca frente a mis ojos; sostiene algo con ella, sigue riendo. Con extremo esfuerzo enfoco mi vista sobre el objeto que me muestra, ahora veo, no es un objeto, es mi mano, sí, mi mano entre la suya. Frunzo el entrecejo, espero que eso sea suficiente para que él lo interprete como pregunta, eso, al menos mientras recuerdo en qué parte de mi cerebro se encuentra el área relacionada con el lenguaje, para ver si consigo hacerla funcionar.

Puedo darme cuenta de que sus labios se mueven, Daniel, ni siquiera logro escucharte. Su mano sigue frente a mí, con la mano que tiene libre trata de liberarse de la mía, levantando las puntas de mis dedos, uno a uno, sin ningún éxito. ¿Por qué será que le cuesta tanto soltarse de mis dedos? Un momento, si se trata de mis dedos, yo debería soltarlos... creo. Bueno, tampoco me acuerdo cómo se hace eso. Giro mi vista hacia algo que se mueve detrás de Daniel, la musa... ¡Por Dios! Ahora recuerdo, el mar de imágenes de las que mi cerebro me ha estado protegiendo se desborda en mi mente y doy un salto, temblando de pies a cabeza. Mi mano se abre liberando la suya, trato de ponerme de

pie y desabrochar el cinturón de seguridad, todo al mismo tiempo, obviamente olvidé que, si mi intención era levantarme, desabrochar el cinturón debe ser el primer paso, no el segundo, por lo tanto, fracasé en los dos últimos pasos. Sin embargo, solté la mano de Daniel, porque ahora sostiene mi cara entre ambas manos, su rostro muestra preocupación, no obstante, voy mejorando, ya puedo escucharlo.

—Guapa, tranquilízate... Todo está bien.

—Lo siento, dormí muy profundamente.

—Jade, suelta el cinturón, yo te lo quito —dice con las manos sujetando las mías.

—¿Cómo?... ah, sí, lo lamento.

Mis manos se abren finalmente y un terrible temblor se apodera de ellas, Daniel desabrocha rápidamente el cinturón, me levanta sujetándome por los hombros y me abraza con fuerza, acunando mi rostro entre su hombro y su cuello, repitiéndome constantemente: "Todo está bien". Consigo dejar de temblar, al cabo de unos minutos, al menos en mi exterior. Ángel se acerca acariciando mi espalda, súbitamente la calma me va cubriendo y puedo separarme de Daniel.

Con cuidado, con miedo de asustarme tal vez, me toma de la mano y nos dirigimos hacia dentro del aeropuerto. Una vez ahí, se encamina hacia una oficina donde pide indicaciones para llegar a la dirección de la casa y obtiene todos los permisos necesarios para nuestra estancia en el país. Yo permanezco sentada en la sala de espera, con Ángel a mi lado derecho y la musa al izquierdo; ambos han intentado hacer conversación conmigo, pero, la sintonía de mis oídos sigue fallando, no entiendo casi nada de lo que dicen. He conseguido sonreírles de vez en cuando y asentir en otras ocasiones, aunque, estoy segura de que no engaño a ninguno de los dos, saben de cierto, que no proceso nada de lo que me dicen, no obstante, no dejan de intentarlo.

Casi una hora después, con todos los documentos necesarios y las llaves de un auto rentado, Daniel se nos acerca para indicarnos el camino hacia fuera del aeropuerto. El aire es frío, a decir verdad, muy agradable, carece de olor: Mis fosas nasales, después de haber respirado el nauseabundo olor a vómito por tantos días, lo encuentran particularmente refrescante.

Se introduce en el asiento del conductor y la musa me ayuda a tomar el asiento del copiloto, con cuidado me abrocha el cin-

turón. ¿Será posible que ni siquiera eso logre hacer por mí misma? Así parece, ya que mi cuerpo no reacciona en lo más mínimo. Hasta ahora, veo todo como en un sueño en el que solamente soy espectadora. Con lentitud, mis oídos empiezan a abrirse y las palabras, que hasta ahora habían sido solamente ruido, comienzan a cobrar sentido para mí. Finalmente deciden excluirme de la conversación y me dedico a escucharlos.

Según parece, la casa que Daniel compró está totalmente equipada, Carmen no supo si Daniel preferiría que la desocuparan por completo, aparentemente esa fue una decisión que ya no alcanzó a consultarle. Por lo tanto no habrá que preocuparse, de forma inmediata al menos, por las cosas más indispensables. Conforme pasen los días, podremos evaluar qué se necesita. Fuera de eso, no tiene idea de las características de esta. Sin embargo, Daniel está seguro de que deberemos conseguir alimentos, no cree que en la casa haya nada, nada cuya fecha de caducidad siga siendo respetable. Así que pese al cansancio, deberemos planear una parada por el supermercado.

La musa sonrío al decirles que ella no necesita gran cosa; para empezar; no come, su energía es absolutamente creativa y tampoco sufre las necesidades humanas básicas, como dormir o bañarse. De hecho, supongo que no se ha bañado en años, quizá nunca lo ha hecho y no le hace falta en lo más mínimo. Ángel opina que, de ahora en adelante, deberá intentar comportarse como yo, al menos frente a la gente para que nadie note lo sobrenatural de su existencia. Será mejor que pase desapercibida, ya que no es nuestra intención que permanezca encerrada. Creo que esa será una aventura para ella. Yo solo puedo pensar que me será agradable poder conversar con alguien fuera de Daniel o Ángel que, no es que me moleste en lo absoluto, pero creo que ella puede ser una buena alternativa de amiga.

—Debemos darle un nombre —me escucho decir.

Tres sorprendidos pares de ojos se centran en mí, Daniel sonrío y acerca su mano para tomar la mía, la sujeta con fuerza. No correspondo, solo observo nuestras manos tratando de que la orden de cerrar mi mano alrededor de la suya llegue hasta esta, pero no, no pasa nada.

—¿Qué nombre te gustaría, guapa? —pregunta en voz baja.

—No... a mí no... debe gustarle a ella —respondo con cierta molestia.



Sigo firme en mi decisión de que, si ella quiere permanecer a nuestro lado, será siguiendo lo que su libre albedrío le dicte, no el compromiso que ella siente tener conmigo. No quiero pensar en eso, solo creo que no debe andar por ahí con el título de 'musa', le es necesario un nombre. Se inclina hacia adelante en su asiento poniendo su mano sobre mi hombro, sin poder evitarlo, me estremezco. Supongo que ya se dará cuenta de que el contacto físico, al menos conmigo, debe evitarlo en la medida de lo posible. Al parecer, este no es el momento, ya que, sin soltarme, dice...

—Jade, por favor, conectada como estoy a tus sentimientos, estoy segura de cuál es el nombre que consideras adecuado para mí, pero, me gustaría que tú lo dijeras —sonríe.

—Sofía —digo casi en un murmullo.

—Sabiduría —repite Ángel.

—¿Es eso lo que significa? —pregunta Daniel.

—Si... —responde ella— y me encanta, gracias.

No pude pensar en otro nombre que le quedara mejor; ella se encargó de proporcionarme la información que yo necesitaba. Si la encontré a tiempo o no, ya no tiene importancia, sabiduría, eso es ella para mí.

La Ciudad de Brujas ha recibido el apelativo de 'La Venecia del Norte' pues la cruzan amplios canales, que en nuestro recorrido reflejan las luces que empiezan a encenderse en la ciudad. Ninguno de nosotros ha estado aquí con anterioridad, sin embargo, el hecho de que no huela a demonio, ya es para mí garantía suficiente de que es un buen lugar para vivir. Jamás pensé que se trataría de una ciudad donde el elemento que más abunda es el agua. Tal vez hace un par de días, basándome en la visión de ver a esos 'cerdos' alimentándose de mí por medio de ella, hubiera sido el último lugar en el que hubiera puesto un pie, sobre todo, si de sentirme segura se trataría. No obstante, después de ver el miedo que esos malditos le tenían al hecho de que hubiera agua cerca de mí, mi manera de pensar ha cambiado radicalmente. Entre más agua ¡mejor! Más todavía si puedo convertirla en ácido, o algo similar; para ser usado en su contra. Daniel menciona lo espectacular de las casas que se deslizan a los lados del auto. Me indica una en particular; no obstante, mi mirada no se despega de mis muslos. En realidad, contengo los enormes deseos de cerrar los ojos, que me invaden desde que abordamos el automóvil. Encuentro completamente ilógica mi reacción, y sin embargo, no consigo

asomarme hacia afuera del vehículo por más esfuerzos que hago. No es sino hasta que Ángel habla con Daniel, que entiendo la fuerza que me impide hacerlo.

—Daniel, por ahora es mejor que mantenga la vista dentro del auto. —La voz de Ángel es calmada y muy baja.

—¿Por qué? —responde Daniel un tanto nervioso.

—Las escenas de lo que vivió en los últimos días han sido demasiado para ella. Mientras recorriamos el camino hacia la mansión, el bosque adyacente estaba plagado de... ojos amarillos. Le costará recuperarse.

—Lo siento, ¿hay algo que yo...?

—No te preocupes, ya me estoy haciendo cargo.

En otro momento hubiera discutido ampliamente el punto de que hablen de mí como si no estuviera presente, en cambio, el día de hoy no pienso hacerlo. Ángel tiene razón, ahora puedo identificarlo, el pánico me recorre las venas y me tiene presa. Cruzo los brazos sobre mi pecho presionando con fuerza y cierro los ojos, mientras él conduce hacia nuestro destino. Ya habrá tiempo para que disfrute de la belleza de esta ciudad medieval en otra ocasión. No sé cuánto tiempo pasará antes de eso.

Unos minutos después llegamos a la casa. ¿Cómo puedo describirla? Para empezar, el portón frontal me indica que la cochera es capaz de albergar cuatro, tal vez cinco automóviles. Eso significa que la 'casa' es en realidad una mansión. Muy bien, por espacio no tendremos que preocuparnos. Sobre las bardas que la rodean alcanzan a verse las ramas de frondosos y enormes árboles. Ligeramente más atrás, el segundo piso de la casa con una amplia terraza con vistas al frente y techo rojo de dos aguas. Por ahora, eso es todo lo que alcanzo a ver.

Una vez dentro, se acciona el portón, que cierra de forma automática, Daniel hace una lenta revisión del conjunto de llaves entre sus manos, son muchas, y ahora deberá averiguar cuál es la de la puerta de enfrente. Ángel alarga la mano y, sin dudar, toma una de ellas con sus dedos y se la entrega. Daniel sonríe agradecido y abre la enorme puerta para dejarnos pasar.

Me sostiene de la mano, me gustaría que me hiciera sentir algún alivio, porque el miedo es cada vez más intenso, Ángel no me pierde de vista. Reviso lentamente las paredes, las columnas, los amplios ventanales que dejan pasar el sol dándole al salón un aspecto muy acogedor que, justo ahora, aunque lo noto, no puedo

apreciar. La sangre recorre mi cuerpo con rapidez haciéndome sentir completamente alerta por primera vez desde que Daniel me despertó en la avioneta. Mis hombros empiezan a tensarse a la espera de que algo se arroje sobre nosotros desde algún rincón. Daniel intenta abrazarme y es entonces que interpongo mi mano entre él y yo, lo alejo de mí y sorpresivamente echo a correr escaleras arriba.

—¡Revisa la planta baja, Ángel! —grito.

Un sonido intenso estalla en el salón cuando Ángel extiende sus alas, movimiento que ejecuta cuando se pone en guardia. Daniel y Sofía lo observan sorprendidos, siguen sin moverse de donde están. La escalera en forma de media luna, me lleva hasta un largo pasillo con numerosas puertas a los lados. Sin dudar, abro la primera, con los cabellos de mi nuca erizados en anticipación de lo que espero encontrar. Quiero concentrarme en lo que realmente se encuentra frente a mí y no dejarme llevar por las imágenes que, terriblemente vívidas, mi mente recorre una y mil veces. Demonios, cientos de ellos, y aterradoras muertes de las que yo fui causante. La recámara es enorme, frente a mí hay una gran cama con dosel sostenido por cuatro pilares de madera en las esquinas. Me dejo caer sobre mis rodillas para revisar debajo de ella. Al no encontrar nada, me levanto rápidamente y abro la puerta del baño sin ver nada extraño, hago lo mismo con el vestidor: ¡Maldición! No sé dónde se enciende la luz y tengo que entrar completamente a oscuras. Mis rodillas tiemblan de tal forma que me cuesta creer que podrán sostenerme, todavía me falta revisar gran extensión de la casa y tengo que hacerlo pronto. Sin remedio, olfateo el aire a mi alrededor. Inclusive sin luz, su olor es inconfundible; si hay alguno, por pequeño que sea, lo encontraremos.

Mis pies se han dado prisa en recorrer cada una de las habitaciones, hay cinco en este piso, además de una biblioteca y una sala de televisión. No sin mucha dificultad abro todos los vestidores, los baños, los armarios, incluso los cajones... nada.

Puedo escuchar como en la planta baja Ángel hace lo mismo, ni un centímetro quedará libre de nuestra búsqueda. Termino mi concienzuda revisión sin entender por qué, en lugar de sentir que esto me tranquiliza, mis nervios van en aumento. A cada paso que doy me cuesta más controlar el temblor de mis piernas y el hierro candente que ha ido fluyendo dentro de mi estóma-

go. Sosteniéndome de la baranda voy bajando la escalera, al llegar casi a la mitad, mi vista se ve interrumpida por un reflejo que me ciega momentáneamente. Me paralizó en el escalón y un segundo después encuentro la mirada de Ángel que recién llega al recibidor.

Con fuerza, que no sé de dónde ha salido, emprendo carrera hacia la sala de la casa, misma que está ubicada frente a la puerta de entrada y que ha sido la única habitación en la que todavía no entramos. Llego corriendo todavía y me topo de frente con uno de mis mayores terrores. Un espejo que cubre casi en su totalidad una de las paredes de la sala, gigantesco, y para mí, increíblemente terrorífico. Solo de pensar en el tamaño de lo que podría entrar a través de él, el pánico y las náuseas me inundan la garganta.

Giro sobre mí misma en busca de algo, Daniel se acerca a tratar de sujetarme, pero Ángel se lo impide. Me observan mientras tomo uno de los atizadores de la chimenea y me lanzo contra el espejo. Un sonoro golpe y un estallido de cristales baña una gran área de la sala, mis ojos se han llenado de lágrimas que me impiden ver con claridad. Sin embargo, mi objetivo es tan grande que no necesito verlo para saber dónde tengo que seguir golpeando. Un sinfín de golpes se suceden al primero y la lluvia de cristales continúa. Mis pulmones protestan debido a que, por lo agitado de mi respiración y el esfuerzo por golpear con toda mi fuerza, ya no consiguen llenarse más allá de la mitad de su capacidad, no importa, sigo asestando golpes. Ya no hay más cristales que romper y yo sigo intentando quebrar incluso el más mínimo espacio cristalino hasta que solo queda, colgando de la pared, el gigantesco y vacío marco de madera.

Mis manos ceden en su esfuerzo por sujetar el atizador, la fuerza las abandonó a la vez que el aire lo hizo conmigo. Me cuesta respirar y los jadeos sacuden mi pecho, alternándose con los sollozos que siguen sin parar. Ángel se adelanta a Daniel y me sujeta entre sus brazos.

—Espera... la energía es muy intensa ahora, podría hacerte daño, dame unos segundos. —Daniel se detiene y me observa con angustia.

—Yy... ya no... pue... de... entrarr... Án... gel... Yyya... no... puede... —mis palabras salen de mis labios impulsadas por lo incontrolable de mi llanto.

—No, Jade, ya no puede, jamás podrá hacerlo de nuevo. Estás segura aquí —responde con voz pausada que contrasta con lo acelerado de mi llanto.

Ángel sostiene prácticamente todo mi peso, mis piernas se niegan a hacerlo, supongo que este derrumbe es lo que él estaba ocupado en detener desde hace horas. Tal parece que el contenedor de emociones en que mi cuerpo se convirtió durante los últimos días acaba de reventarse dando paso a un ataque de nervios. Fueron días en los cuales experimenté dolor; traición, soledad, angustia, terror y náuseas, muchas náuseas, sin poder permitirme el menor momento de debilidad; nuestra vida dependía de ello. Y lo logré, fui capaz de cosas que jamás creí que podría llevar a cabo. Le di la razón a mi abuelo al comportarme como el tigre que él aseguraba que había dentro de mí. No solté mi presa hasta que la vida huyó de él. Vengué sus muertes, la de mi abuelo, la de mi abuela e incluso la de Clemen. Espero que mi abuela se sienta orgullosa de mí por eso, yo lo estoy.

Hice descubrimientos en los que me es imposible pensar por ahora. Tendré que hacerlo pronto, lo sé. Mi carga genética acarrea consecuencias verdaderamente serias que debo asumir, pero justo ahora, me siento completamente incapacitada para enfrentarme a ello. Recuperé a Daniel, de los brazos del demonio al que más he temido en mi vida y lo tengo aquí, a mi lado, todavía me cuesta creerlo.

Supongo que, ya que no hay forma de evitarlo, bien puedo permitirme este descontrolado escape. Lo único que lamento es que, al menos Daniel debe sentirse igual que yo y por estarme cuidando, no puede desahogarse. No obstante sé que ya tendrá tiempo para eso él también, por ahora lo veo tranquilo. Ángel le hace una señal para que se acerque, me sobresalto cuando toma mi rostro con sus manos y me besa en la frente. No puedo contenerme y mi llanto se vuelve más angustioso. ¡Cuánto miedo tuve de no poder recuperarlo! ¡Cuánto miedo de que las cosas salieran terriblemente mal y no volver a ver el par de ojos que ahora me observan con dulzura! ¡Cuántos riesgos!, cada segundo que pasamos en esa isla fueron riesgos gigantescos... de no salir vivos de ahí, de no volver a escuchar su voz, de no volver a sentir el contacto de su piel.

Levanto los brazos y lo sujeto por el cuello oprimiéndome

contra él, me presiona con fuerza y hunde su rostro entre mi cabello.

—Llévala arriba Daniel, déjala que se desahogue, nosotros iremos a comprar algunas cosas. ¿Dónde dejaste las llaves del auto?

Daniel lo observa con cara de interrogación. ¿Las llaves del auto? Ángel no necesita de autos para trasladarse a ningún sitio. Sonríe levemente y le dice:

—Estamos en otra etapa Daniel, será mejor así. Como humanos, mientras nos sea posible. Además, jamás había tenido que ir al supermercado, será divertido.

Obviamente Daniel tampoco desea procesar lo que las palabras de Ángel significan, simplemente le entrega las llaves y, sujetándome con fuerza contra su costado, se dirige conmigo rumbo a las escaleras.

De forma completamente mecánica, mis pasos siguen los suyos, colocándose uno después del otro, hasta que la escalera desaparece detrás de nosotros. Una vez en la habitación, Daniel se encamina conmigo rumbo al cuarto de baño. Aún con la voz parcialmente ahogada por el llanto le pregunto a dónde vamos.

—Los cristales cayeron sobre ti, guapa. Déjame lavarte las heridas, ninguna parece ser grande, pero...

En ese momento veo mis brazos, el suéter amarillo paja que llevo puesto pareciera salpicado por gotas de sangre, sin embargo, estas provienen de su interior: Con cuidado abre cada botón y me ayuda a retirarlo, y bajo él, podemos ver infinidad de pequeñas heridas, a la vez que los cristales que se habían atorado entre los tejidos caen a nuestros pies, dando destellos como si fueran chispas. Deja correr el agua para que no esté tan fría y me sostiene por la cintura con un brazo, mientras con la mano toma agua que hace correr por mis brazos. La sangre se desliza por ellos hasta perderse por el desagüe. Se asegura que no me queden trozos de vidrio entre el cabello y quitándose el suéter que lleva sobre la camisa, me ayuda a ponérmelo.

—Lo siento guapa, tu maleta está en el auto y Ángel se lo llevó, más tarde te consigo algo mejor. ¿De acuerdo?

No le respondo, bastante trabajo me cuesta meter los brazos por las largas mangas, ya que él no me suelta. ¿Por qué no me suelta? Enfoco la mirada en mis manos al luchar por dejarlas salir del suéter y es entonces que me doy cuenta. Tiemblan sin control, mis piernas siguen su ejemplo y... si estoy en pie, debe ser en

gran parte, porque él me está sosteniendo. Otra cosa que escapa de mi control son las lágrimas, mismas que se derraman con tanta fuerza que mi pecho no deja de sacudirse con el esfuerzo.

Este llanto es tan diferente a los que experimenté en los últimos días que no pienso detenerlo. Por primera vez siento que las lágrimas consiguen darme cierto alivio, como si me lavaran por dentro y con ellas se diluyera el dolor y el miedo que acumulé. Daniel toma un pañuelo desechable e intenta secar mi rostro sin éxito, la producción de llanto no cesa haciendo su trabajo muy difícil. Me sonrío suavemente y me lleva hasta un amplio sillón desde donde puede verse la terraza y el sol que brilla con intensidad.

Me ayuda a sentarme y me abraza con fuerza. Tal vez piense que, si me sujeta, mi cuerpo dejará de temblar. No sé si sea así, mis piernas siguen sacudiéndose, sin embargo, espero que siga intentándolo, no quiero alejarme ni un centímetro de él. Poco a poco el olor de su loción me envuelve y empiezo a hacerme consciente de los latidos de su corazón, del calor de su piel, de su respiración, de su presencia. Peleamos a muerte por cada una de esas cosas, peleamos a muerte, por escapar de ella. Ya no seguiré el camino que mi yo futuro sufrió cada uno de esos veintiocho años que para ella transcurrieron. Por primera vez, hay esperanza en los días que nos esperan.

Con su mano acaricia mi cabello y me besa la cabeza una y otra vez. Sigo con la mirada fija en el comprimirse y dilatarse de su pecho al respirar, pongo mi mano sobre él para sentir los latidos de su corazón. Llego finalmente a mi lugar feliz, al cabo de un rato, me quedo dormida.

Mi cerebro empieza el proceso de encendido, ya saben, no como si tuviera chips, sino bulbos de los que se usaban antiguamente, porque se toma su tiempo para hacerlo. ¿Qué habré soñado? Me gustaría saberlo porque recuerdo que, como ruido de fondo, registré algunos sonidos que me resultaron extraños y desconocidos, uno de ellos en particular, bastante raro. ¡Ahí está de nuevo! Proviene de mi almohada, es como si rechinara suavemente, o como si... no lo sé. Con esfuerzo abro los ojos y oprimo la almohada con las puntas de mis dedos, registrándola. No sé cuánto tiempo ha estado abandonada esta casa, no quiero pensar que un animal haya hecho su nido en ella y yo... ¡Qué horror! No por lo del animal, sino porque no tengo la menor preocupación

por levantar mi cabeza para averiguarlo, todavía tengo mucho sueño.

¡Otra vez! ¿Qué será? Muevo mis dedos un poco más y me encuentro con unos botones. ¿Desde cuándo las almohadas tienen botones? ¡Qué incomodidad! No cabe duda de que en estos países extranjeros se les ocurre cada cosa. Una mano me toma por la barbilla obligándome a levantar la vista. De acuerdo, eso explica lo de la botonadura en la almohada. Si tomamos en cuenta que mi almohada es el tórax de Daniel, eso me da la explicación a mis dudas, los botones y los ruidos extraños que se repiten cada cierto tiempo. Está comiendo un sándwich. ¡Dioses! ¡Cuánta hambre tengo!

—¿Que...des?...—pregunta con la boca llena a toda su capacidad.

—Sí... —me enderezo solo lo suficiente para morder un buen bocado.

—Mmmh... buedísimo —digo con la boca tan llena como estaba la suya.

—Lo sé... Ángel me lo trajo, le quedan deliciosos.

—Algo puedo asegurarte, y es que este sándwich no lo preparó Ángel. Créeme, he comido muchas veces los que él prepara y este, bueno, este no lo hizo él.

Tomo el resto del sándwich de su mano y me enderezo un poco más para morderlo, me observa con la mano extendida esperando que se lo devuelva... ¡Pobre! Puede seguir soñando, no lo haré. Ríe de buena gana mientras ve a Ángel entrar por la puerta seguido... de Sofía, con otro en un plato. Le devuelvo lo que quedaba del suyo y tomo el nuevo, recargándome en el respaldo de la cama... ¿respaldo?

—¿Ómo... llegué... hasda aquí? —Eso de hablar con la boca llena no lo domino muy bien, sin embargo, me responden.

—No me veas, ya estabas ahí cuando yo llegué —dice Ángel sonriendo.

—Culpable —dice Daniel levantando la mano derecha — quería que descansaras y el sillón no es tan cómodo como la cama.

—Lo siento, no supe en qué momento me quedé dormida.

—No hay problema —responde guiñándome un ojo—. Yo también dormí un par de horas.



—¡Un par de horas! ¿Cuánto tiempo dormí?

—Casi cuatro horas.

—Vaya, no creí que tanto.

—Jade, ¿te gustó el sándwich?... —pregunta Sofía sonriendo.

—Te dije que no lo había preparado Ángel —digo dirigiéndome a Daniel.

—¡No sé cómo tomar eso! —dice Ángel frunciendo el ceño.

—Lo siento Ángel, a ti te quedan buenos, pero a Sofía... deliciosos.

La sonrisa de Sofía le ilumina el rostro mientras Daniel y yo damos cuenta de nuestros sagrados alimentos.

—Jade... trajimos desinfectante, —dice Ángel mostrándome un frasco que sostiene con la mano y unas bolitas de algodón— levanta las mangas del suéter para que te limpie las heridas... o quizá prefieras ir al cuarto de baño y que Sofía te ayude.

Había olvidado por completo lo de las heridas, tomo una de las mangas con la mano y la empujo hacia mi codo para revisarlas y entonces lo noto. Este no era mi suéter, era el de Daniel, pero ¿cómo? Ay no, él me quitó el otro y me lavó las heridas en el lavabo. ¡Qué vergüenza! Giro la mirada hacia él, ya puedo sentir que mi cara arde. Ni siquiera me ve, sigue en el proceso de terminarse el sándwich. Lo miro fijamente y al fin voltea a verme.

—¿Qué pasa? —pregunta sonriendo.

—Este... no es mi suéter... es el tuyo —respondo en voz baja.

—Es cierto. Ángel, préstame las llaves del auto, voy por su maleta.

—Creo que... ella se refiere a que ya no tiene puesto su suéter, Daniel —dice con calma.

—Ya lo sé, y le prometí que en cuanto llegaran le buscaría algo más adecuado, ¿verdad? —se dirige a mí sin obtener respuesta.

—Daniel, —repite Ángel— no tiene puesto su suéter.

—Ya te oí. Necesito...

—Daniel... No lo tiene puesto... —repite haciendo énfasis en las palabras.

—¡Claro que no lo tiene puesto! Estaba cubierto de vidrios... ¡Yo se lo quité! —dice con un tono de fastidio.

Me cubro la cara con las manos, él guarda silencio por un

instante y luego agrega:

—Lo siento guapa, estaba lleno de vidrios, en serio, pero ni siquiera te vi. ¡Te lo juro! —menciona un tanto preocupado.

—Ya lo sé... ya lo sé —respondo sin descubrirme el rostro.

—Lo que le preocupa es que odia la ropa interior que lleva puesta —escucho la voz de Sofía desde el sillón.

—¡Sofía! —gritamos Ángel y yo al unísono.

—¿Qué pasa?... ¿No debí?... Lo siento, es que, estando tan cerca de Jade... sus sensaciones son tan fuertes que las percibo con absoluta claridad y no pude... —La observo totalmente furiosa, veamos con cuánta claridad puedes percibir esto—. ¡Oh! de acuerdo, no volverá a ocurrir... jamás —dirige la vista al suelo.

Demasiado tarde, la sonrisa pícaro de Daniel ha hecho su aparición, acompañada de la bendita ceja levantada. ¿Por qué?... ¿por qué yo? Como si no tuviera bastante ya. Ángel toma a Sofía del brazo y se la lleva de la habitación, supongo que se dirige hacia su primera clase sobre discreción... pobre.

—¿Por qué no te gusta, guapa? A mí me gusta mucho el rosa tenue...con encaje... ¿por qué a ti no? —sigue sonriendo, cada vez más.

—¡Lo bueno es que juras que no me viste! —digo con el mejor tono de enojo que pude encontrar, no muy convincente, por cierto. Si me creyera, habría desaparecido la sonrisa y, no, sigue ahí... más firme que nunca. ¡Dioses! ¡Qué vergüenza!

—Bueno, tienes razón... eso no es del todo cierto. Verás, no podía soltarte por miedo a que perdieras el equilibrio, de modo que, mientras te sujetaba con un brazo, con el otro fui retirando el suéter, cuidando de no lastimarte con los vidrios que quedaban en él.

—Ya, ya te entendí. No necesito más explicaciones, con lo que ahora recuerdo es más que suficiente, gracias.

—Aguarda, a lo que voy es que tal vez, mientras te lavaba las heridas, no sé, por un segundo... o dos... te vi. Pero no fue más que eso, de verdad —le cuesta contener la risa y sonar sincero al mismo tiempo. No le creo nada, pero lo que se dice, nada.

—Por favor, cierra la boca, Daniel. De cualquier forma, no te creo. Ya no me avergüences, ¿quieres? —mi voz es apenas audible.

Daniel pasa su brazo por mis hombros y me atrae hacia él, levantando mi mentón con la mano que le queda libre, obligándome a verlo a los ojos. Ya no ríe... bueno, no tanto.

—Eres adorable —se acerca y me besa y yo, con vergüenza y todo, correspondo. Un minuto después dice con sus labios sobre los míos— lo confieso, tal vez fueron seis segundos... o nueve.

Momentos después, se levanta de la cama y me observa, no puedo evitar ponerme nerviosa, las reacciones que no entiendo suelen tener ese efecto en mí. Empieza a dar vueltas por la habitación, lleva la mano hacia su nuca y la frota... ¡díoses! los nervios lo atacan a él también. Me pongo de pie e instintivamente empiezo a buscar demonios por ahí. Se da cuenta y sonrío, acercándose me toma de la mano y me lleva a sentarme en la cama.

—Hay algo de lo que quiero que hablemos... —sonríe.

Yo no logro hacerlo, los nervios no me lo permiten y temo que se trate de algo malo. Frunzo el entrecejo y espero.

—Durante los últimos meses, he tenido mucho tiempo para pensar, incluso antes de que el demonio entrara en mí, había llegado a la firme conclusión de que no existe nada en lo absoluto, que desee más que... estar junto a ti... toda la vida... por el tiempo que eso dure. Y obviamente, después de quedar libre de él, entendí que no tengo tiempo que perder. No quiero perder ni un segundo más. Quiero pertenecerte, lo deseo más que nada en el mundo.

Mis manos tiemblan, ¿a dónde quiere llegar?

Se dirige hacia su maleta y saca algo que no alcanzo a ver. Se arrodilla frente a mí, y abre la pequeña caja que escondía. Un maravilloso y delicado anillo con una piedra en el centro, misma que da destellos de todos colores. El tiempo se detiene y mi corazón hace un esfuerzo por no seguir su ejemplo. No puedo retirar los ojos de él mientras mi mente recorre el significado de un anillo así.

Con los dedos levanta mi barbilla. Nuestros ojos se encuentran, sonrío de nuevo y finalmente dice...

—Jade Arias... ¿Me aceptarías como esposo?

—Sí —¿qué otra respuesta podría darle?

Coloca el anillo en mi dedo y me levanta de la cama para besarme sujetándome con fuerza. Después, prosigue...

—Guapa, no sé cómo hayan sido tus sueños respecto a esta situación en particular; probablemente los estoy destruyendo todos, pero...

—Daniel... jamás soñé con un momento así. Ni siquiera amándote como te amo, pensé que algo así sería posible, por lo

tanto, no los destruyes. A decir verdad, los estás creando, justo ahora.

Sonríe con más intensidad y me pregunta:

—Entonces... ¿No te importaría que esta habitación sea el recinto de nuestra boda?

—¿Perdón?... no entiendo.

—Le he pedido a Ángel que nos case... si tú aceptabas. No creo poder encontrar otra autoridad que pueda casarnos más firmemente. ¿Aceptas?

—¿Ángel? Sí, claro —mi voz es apenas audible.

Me da un rápido beso y sale por la puerta, para volver segundos después con Ángel y Sofía. Sus sonrisas no podrían ser más amplias. Ángel me toma de las manos y dice:

—Jade, sé que no podría encontrar en el planeta, otras dos personas que compartan el alma de la forma en que ustedes lo hacen. Esa es razón suficiente para que yo selle el amor que se tienen. Sin embargo, si eso no fuera suficiente y necesitara de más pruebas para realizar lo que me dispongo a hacer, ustedes son dos seres humanos que han sido capaces de enfrentarse en una lucha demoníaca, poniéndose, sin pensarlo, en peligro de muerte solo por estar juntos. Eso ya no me deja lugar a la más mínima duda. Por lo tanto...

Tomándome de la mano me coloca de pie junto a Daniel, este en voz baja me pregunta:

—Jade... ¿no preferirías cambiarte de ropa? Llevas puesto mi suéter:

—No podría pensar en un mejor atuendo, gracias.

Ángel nos toma las manos y nosotros entrelazamos los dedos, mientras él gira un listón alrededor de nuestras muñecas, envolviéndolo siete veces alrededor de ellas. Acto seguido, procede a preguntar:

—Jade Arias... ¿aceptas como tu esposo a Daniel Montalvo, desde ahora y para siempre, aún después de que la muerte los separe? —Vaya, yo lo sabía de otra forma, esta versión me gusta más.

—Lo acepto —respondo con firmeza.

—Daniel Montalvo... ¿aceptas como esposa a Jade Arias, desde ahora y para siempre, aún después de que la muerte los separe?

—La acepto —responde también.

—De la misma forma en que simbólicamente sus manos han sido atadas, sea este lazo atado en los cielos, formando uno solo en dónde antes había dos. Y así declaro, que lo que el Creador une hoy, nada podrá separarlo jamás.

Tomando nuestras manos entre las tuyas, deja correr por ellas una cantidad de energía que yo no había sentido jamás y luego nos suelta.

—Yo los declaro una sola persona en dos cuerpos. Desde hoy y para siempre.

—Gracias —decimos ambos.

Ángel se acerca y me besa en la frente y le da un abrazo a Daniel, nunca lo había visto tocarlo. Sofía también se acerca y me besa ambas mejillas, haciendo lo mismo con él... y se despiden dejándonos solos.

Daniel me oprime en sus brazos y me besa suavemente. Voy perdiendo la noción del techo y el suelo. Todo me da vueltas, sujeto con fuerza su cintura, y oprimo fuertemente mis labios contra los suyos. Mientras conserve la noción de dónde está él, lo demás puede seguir girando sin parar.

Volando, esa es la forma más precisa de definir lo que experimento en este instante... vuelo. Se separa unos centímetros de mí y estudia mi mirada, mis brazos siguen aprisionándolo y con una suave sonrisa dice:

—Jade, ¿recuerdas que aquella noche en el hotel te dije que el día en que nuestros lazos fueran muy firmes serías la primera en saberlo? —No le respondo, me es imposible, aunque supongo que puede ver en mis ojos, fijos en los suyos, que recuerdo perfectamente aquella noche. No espera mi respuesta y continúa en voz muy baja— ...Bueno... ya los son, no podrían serlo más.

—Daniel —lo interrumpo.

—¿Sí? ...

—Bésame, por favor.

Ahora estoy consciente de que el futuro puede desvanecerse en un instante y no pienso perder un solo segundo. Me arrojo en esta caída libre en que el abismo me atrae como un imán y él me atrapa una y otra vez, interrumpiendo mi caída con sus brazos. No hay posibilidad de que, mientras caigo a tierra, me pierda en el viento. Mi alma se dirige infaliblemente hacia él, hacia esa sensación de que mi corazón se desbarata y se une de nuevo con cada latido. Es aquí, entre sus brazos, que el tiempo se detiene

en un largo y arrebatado beso que se extiende por horas. Ahora entiendo que mi parte demoníaca no puede ser tan grande como yo creía. No sería capaz de amarlo de este modo... con esta inmensidad de sentimientos que vuelco en él.

La vida de mi otro yo se disuelve con cada caricia que me hace, con cada beso, cada vez que me quedo sin aliento. Se borra su dolor; su angustia, la ausencia de Daniel que tuvo que resistir por tantos años. Ya no existe, esta es la nueva vida que me atrapa y que entreteje en su cabello, con el fin de asegurarme en ella. Mis acciones me llevan ya, volando, por otra línea de vida. Una línea con la que él me ata, envolviéndome con él, con cientos de giros. Una línea de vida en la que ahora tengo entre mis brazos mi botín, aquello que rescaté de esa guerra encarnizada que, justo ahora... por increíble que parezca, me sabe a poca cosa.

—Te amo, Daniel —le repito tanto como puedo, solo para escuchar su voz contestarme que él me ama más y aterrizo, de nuevo... en el cielo.

\*\*\*

Si mis percepciones son correctas, debe ser más de medio día, hace ya varios minutos que abrí los ojos y me encontré con que no puedo moverme, Daniel duerme a mi espalda, a la altura de mis hombros descansa su brazo, cuya mano está entrelazada con la mía. Su pierna hace lo mismo a la altura de mis rodillas ejerciendo suficiente presión para que yo no pueda moverme. No es que desee hacerlo, pero me gustaría girarme para ver su rostro, eso es todo. Con la luz que entra por el amplio ventanal puedo ver todas las pequeñas heridas que cubren mis brazos, al menos el que tengo más al alcance. Son tantas que ya me dio flojera seguir las contando, debí permitir que Ángel se deshiciera de ese espejo. Sin embargo, creo que solo haciéndolo yo me era posible obtener la seguridad de haberlo destruido por completo, además, no tenía mucho control de mis acciones en ese momento.

Lentamente, acerco su mano hacia mis labios y la beso con suavidad, no es mi intención despertarlo. Me sobresalto cuando recibo su beso en mi hombro, casi al mismo tiempo.

—Buenos días, guapa.

Suena bastante despierto, supongo que la que tardó más en despertar fui yo. Retira su pierna de encima de mí y entonces

puedo girarme para verlo de frente. Acaricio su mentón y beso su barbilla.

—¡Hola!... ¿Cuánto tiempo llevas despierto?

—No lo sé, media hora, tal vez —sonríe al contestar.

—¿Por qué no me despertaste?

Solo me observa y acaricia mi cara, a la vez que retira el cabello de mi mejilla.

—Hacía meses que no te veía dormir con tanta calma. No quería interrumpir tu sueño.

—Ya veo, gracias.

Una enorme sonrisa se dibuja en sus labios mientras sujeta un mechón de mi cabello entre sus dedos.

—¿Qué pasa?

—Es en serio... no te despeinas nunca.

—Ya te dije que es de mala educación. Por cierto, eres un maleducado —le digo pasando mis dedos por su enmarañado cabello.

—Debo darme un baño, pero antes, voy a bajar por tu maleta, ya no puedes andar por ahí con mi suéter. ¿Qué va a decir la gente? —Sonríe.

Se dispone a bajar por ella y, al abrir la puerta de la recámara, encuentra la maleta en el pasillo. Antes de cerrar grita agradeciéndole a Ángel. Me levanto de la cama envuelta en una sábana y al abrir la maleta empiezo a vaciar su contenido sobre la cama. Con horror puedo constatar que no hay nada que me funcione. Supongo que mi cara es de total decepción porque Daniel se acerca a mí y pregunta:

—¿Qué pasa?... no me digas que en algún punto se equivocaron de maleta.

—Me encantaría que así hubiera sido, quizá de ese modo habría algo que me sirviera.

Frunce el ceño, no entiende lo que digo, de modo que procedo a explicarle.

—Verás... cuando hice la maleta, en realidad no me importó que ponía en ella. Tenía mis dudas respecto a si lograría salir de... ese lugar, como para necesitar lo que empacaba. Más bien, estaba casi segura de que no viviría para usar las prendas que ponía en ella... de modo que puse lo primero que encontré. Así que nada me sirve, es decir, no hay casi nada que pueda combinar. De hecho, creo que tomé de toda mi ropa, que tampoco era mucha,

lo que más me disgusta... ¿qué hago ahora?

—Así fue como terminaste con el... atuendo rosa con encaje... ¿no es cierto?

—Más o menos, la verdad no recuerdo siquiera habérmelo puesto.

—¡Ah!... pero, sí te lo pusiste, yo soy testigo.

Mi rostro se irriga de inmediato. ¡Dioses! Las carcajadas de Daniel estallan en la habitación y me abraza con fuerza mientras muerde mi nariz, todavía con los dientes sujetando la punta de esta, dice:

—Te adoro, —me besa para después continuar— a decir verdad, me encanta ese atuendo, y el clima parece ser caluroso allá afuera, bien podrías salir a la calle solo con él puesto, te sienta maravillosamente.

¡Odioso!... logro controlarme lo suficiente para responderle con bastante seguridad en la voz.

—¿En serio te lo parece? No es mala idea, después de todo aquí en Europa la gente no se fija tanto en los demás. Puedo intentarlo... incluso, puede ser que el atuendo resulte en moda 'retro' así los usaba Madonna, ¿verdad?

Los ojos de Daniel se abren a toda su capacidad. No puede creer lo que escucha, más bien, no quiere creerme. Me sujeta por los brazos para verme a los ojos y no consigo ocultar la sonrisa que se me escapa delatando mi mentira.

—Vas a comprar todo lo que quieras, pero, por favor, que las prendas no sean tan... breves —dice sonriendo.

—¿Quién te entiende, Daniel? Primero dices que te encanta y luego que es muy... ¿breve?

—Si lo veo aconsejado por los celos me resulta absolutamente diminuto.

—¿Celos?... ¡Claro que no! ¡Estás jugando!

Me abraza oprimiéndome contra sí y aun sonriendo dice;

—Quisiera, pero no, me muero de celos solo de pensar que alguien más te vea. Inevitable, ya lo sé... de modo que más vale que me prepare a sufrir por ello, —me besa en la cabeza y da la vuelta para tomar un sobre de su maleta y me lo entrega— es efectivo guapa, lo necesitarás para comprar lo que necesites, después haré los trámites para que tengas tarjetas de crédito... y... no me hagas caso, compra lo que quieras, del tamaño que te guste.



Tomo el sobre y sigo caminando hasta adherirme a su pecho viéndolo a los ojos.

—No me importa quién me vea, yo no tengo ojos para nadie que no seas tú. Te amo Daniel Montalvo, solo a ti, no te preocupes, ¿alguna vez me has visto con algo tan diminuto como esto? —digo mostrándole otra de mis prendas interiores que saqué de la maleta.

Su sonrisa pícaro aparece de nuevo y antes de que responda, lo interrumpo.

—Me refiero a... en la calle.

—Nunca —continúa sonriendo.

—De acuerdo, no es mi costumbre, por lo tanto, no tienes de qué preocuparte... nada diminuto.

—¿Nada? ¿No seguirás el ejemplo de Madonna? —pregunta con voz de desilusión.

—Ya cállate, Daniel —cubro su cara con mis manos mientras a través de ellas se escapa la risa.

Entra en la ducha, dejándome con la ropa que, desde la cama, parece burlarse de mí. Finalmente encuentro algo que puede servirme, lo separo y vuelvo a meter el resto dentro de la maleta. Deberé comprar de todo, creo que él lo sabe, si tomamos en cuenta la cantidad de efectivo que me dio, supongo que así es. Nadie me había dado dinero para comprar algo desde que mi abuelo murió, es extraña la sensación, de cualquier forma, no pienso discutirlo, tendría que enfrentar a Daniel si lo hiciera. Además, no tengo nada, el efectivo que tenía se quedó en Monterrey, así que...

—¿Dónde andará este par? Ángel no me respondió cuando le di las gracias... ¿me escucharía? —pregunta Daniel saliendo del baño.

Esa es otra cosa en la que no había pensado, mi cara arde otra vez, él me ve de reojo y gira para verme de frente.

—Ahora ¿qué? ...

—Claro que te escuchó. ¡Lo escucha todo! Y Sofía, no sé qué tanto escuche, pero está conectada conmigo ¿recuerdas? ¡Dioses! ¡Qué horror! Y yo que siempre pensé que tus momentos privados eran muy pocos, ahora caigo en cuenta de que yo carezco por completo de ellos... ¡Esto es ridículo!

—Vaya, tenemos nuestro propio par de paparazzi sobrenaturales —responde despreocupado.

—Y yo que me quejaba con aquel villancico que dice que ‘Santa Claus te ve cuando duermes... y cuando estás despierto... sabe si has sido bueno o malo, etc., etc.’ ¿Sabes cuál? Pero esto rebasa mi imaginación con creces. ¡Como Sofía empiece a hablar, la mato!

—Espera, espera... me gustaría escuchar lo que tiene que decir, —sin terminar de hablar se topa con mi mirada de ‘no te atrevas’, para concluir— o... tal vez no.

—Están en la cocina, preparando algo de comer.

—¿Cómo lo sabes? Olvídalo, solo lo sabes, ya sé. Báñate y te veo abajo, me adelanto —sale de prisa.

—¡Daniel!... ¡No preguntes nada! —Solo escucho sus carcajadas, da igual, lo hará de todas formas. Creo que, si el miedo y el dolor no consiguieron matarme, el pudor si lo hará.

Bísquets, huele a bísquets, el olor me recibe al ir bajando la escalera. Ya no hay vidrios sobre el suelo, yo pensaba recogerlos, me apena que hagan las cosas por mí, sin embargo, lo agradezco profundamente. El solo recuerdo del tamaño de ese cristal hace que se me erice la piel.

La cocina de esta casa es enorme, bueno, creo que todas las habitaciones lo son, al menos las que ya visité. Las paredes son de un cálido color amarillo que contrasta con las plantas que se dejan ver a través de las ventanas. Simplemente amo las plantas, eso debo haberlo heredado de mi abuela.

Daniel está sentado junto a Sofía hablándole prácticamente al oído, ella sonríe al verme y con la mano señala un imaginario cierre con el cual ha sellado sus labios, le pone candado con una llave igual de imaginaria y la arroja al otro extremo de la cocina. Le respondo con una sonrisa y Daniel al verme, deja de insistir para ofrecerme una silla, coloca frente a mí un bísquet y un enorme vaso de limonada con dos hielos. Confirmado, simplemente... ¡lo amo!

Ángel toma asiento también y nos pregunta:

—¿Ya pensaron qué es lo que procede ahora?

—Honestamente, esperaba que me dieras algún consejo —le responde Daniel.

—Puedo dárselos, si así lo desean, una vez que hayan tomado la decisión respecto a algo... no antes.

—El libre albedrío, Ángel... ¿eso sigue vigente? —le pregunto con seriedad. Tenía la esperanza de que algo hubiera cambiado.

—Absolutamente, Jade, siempre.

—De acuerdo, entonces, supongo que deberé buscar algo que hacer. Hay suficiente dinero para años... pero... —responde Daniel.

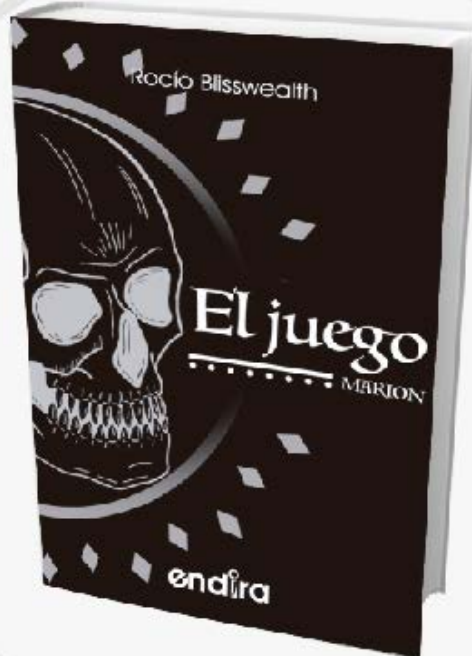
—¿Qué quieres decir con eso? ¿Cómo que buscar algo que hacer? Tú ya tienes algo que hacer... o es que acaso...

—Jade, mi carrera ha salido adelante debido a que... tomé lo que no me correspondía —se pone serio.

—Daniel, por favor, no podemos avanzar si seguimos preocupándonos por el pasado. Sé que hay cosas de las que deberé hacerme cargo pronto, pero para mí esto es algo resuelto, algo que solo tiene que continuar por el camino que iba. Es decir, no quiero arreglar lo que funciona a la perfección, y a menos que tú ya no quieras dedicarte a tu carrera, yo preferiría...

**¿Quieres continuar leyendo este libro?**

# ¡ADQUIÉRELO!



Dale clic aquí

Envío GRATIS a toda  
la República Mexicana

Encuétralo en tu  
librería favorita

*¿Tienes alguna duda?*

**CONTÁCTANOS**

[lectores@endira.com.mx](mailto:lectores@endira.com.mx)



EditorialEndiraMX